



Aviso Legal

Capítulo

Título de la obra: La dinámica migratoria y el exilio cubano en Estados Unidos: tendencias y perspectivas a la luz del siglo XXI

Autor: Hernández Martínez, Jorge

Forma sugerida de citar: Hernández, J. (2021). La dinámica migratoria y el exilio cubano en Estados Unidos: tendencias y perspectivas a la luz del siglo XXI. En A. Santana y R. Domínguez (Coords.), *Exilio y migración forzada: tendencias latinoamericanas* (63-78). Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe.

Publicado en el libro:

Exilio y migración forzada: tendencias latinoamericanas

Diseño de portada: Marie-Nicole Brutus H.

Diseño de interiores: Irma Martínez Hidalgo

ISBN: 978-607-30-4532-2

Los derechos patrimoniales del capítulo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este capítulo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx>
Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia

LA DINÁMICA MIGRATORIA Y EL EXILIO CUBANO EN ESTADOS UNIDOS: TENDENCIAS Y PERSPECTIVAS A LA LUZ DEL SIGLO XXI

Jorge Hernández Martínez

La Revolución que triunfa en Cuba en 1959 constituyó un punto de inflexión en el desarrollo histórico de las tendencias migratorias, al propiciar cambios radicales en la esfera política, económica, social y cultural que alteraron la estructura de clases, las relaciones de propiedad y el imaginario o mundo subjetivo en esa nación. Así, la migración internacional de la Isla pasó de ser un proceso con retornos, de connotaciones principalmente económicas o laborales (que involucraba a desempleados, subempleados y soñadores que buscaban espacios en el mercado de la fuerza de trabajo en el extranjero), educativas (que comprendía a personas cuyas posibilidades materiales les permitían realizar estudios universitarios en ese país) y turísticas (con una temporalidad limitada), con una baja proporción de sujetos que eran perseguidos por oponerse a la dictadura de Fulgencio Batista a través de acciones revolucionarias, a una básicamente política y de carácter definitivo. Con ello, la migración redefinía las formas de interacción y las relaciones entre los migrantes y la sociedad cubana, a través de movimientos masivos que tenían como destino principal a Estados Unidos, con frecuencia apelando a acciones furtivas.

Prácticamente de inmediato, durante el propio año 1959 y durante la década de 1960, tiene lugar un drenaje migratorio que se manifiesta con intermitencia a través de oleadas, bajo el estímulo de la política de Estados Unidos, cuyos gobiernos sucesivos, hasta decenios posteriores, que se prolongan hasta el siglo XXI, incentivan la migración ilegal. De ahí que la dinámica migratoria cubana, conducente al surgimiento de un exilio histórico cuyo asentamiento central se establece en el mencionado país, no puede separarse en su desenvolvimien-

to histórico real ni en su comprensión analítica del conflicto, ya prolongado por sesenta años, entre Cuba y Estados Unidos.¹

Tanto el proceso migratorio implicado como el exilio de él derivado, así como la situación del país emisor y del receptor de esa migración, han cambiado a lo largo de los seis decenios que han transcurrido. El presente trabajo pretende sólo aproximarse de manera panorámica, sin intenciones de exhaustividad ni de conclusividad, a la dinámica cambiante que se ha ido operando en dicho exilio. Con ese propósito se coloca el asunto en su contexto sociológico y político, el de ayer y el de hoy, a los efectos de comprender, a la luz de la actualidad, iniciada la tercera década del presente siglo, las tendencias en curso y las eventuales perspectivas.

LA MIGRACIÓN Y EL EXILIO EN EL CONTEXTO DE LA REVOLUCIÓN CUBANA

La migración es la resultante histórica de un proceso de prolongada presencia en la sociedad cubana, donde se conjugan factores políticos, económicos, sociales e ideológicos, con sus consiguientes condicionantes objetivas y subjetivas. En el caso cubano, ese proceso comienza a desarrollarse en el marco de una situación económica y contradicciones políticas que caracterizaban la realidad de la Isla desde el siglo XIX, a partir de 1860, en la medida en que se agudizan los conflictos entre la sociedad colonial cubana y la Metrópoli española. Una parte significativa de dicha migración, establecida en Estados Unidos, daría lugar a una comunidad exiliada, atendiendo a la situación política que obligó a figuras de relieve a establecerse en dicho país, y a la connotación patriótica de sus actividades allí, en función de la organización y apoyo al proceso independista en la Isla.

La dinámica migratoria proseguiría durante la primera mitad del siglo XX, en el seno de la sociedad neocolonial cubana y bajo el condicionamiento de la hegemonía y cercanía geográfica del Vecino del Norte. Así, a finales de la década de 1950, se calculaba que la pobla-

¹ Véase Ricardo Domínguez Guadarrama, "Cuba y Estados Unidos: el largo camino del reconocimiento", en *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos*, núm. 60, México, CIALC-UNAM, 2015 y Jorge Hernández Martínez, "El conflicto Cuba-Estados Unidos y la dinámica hemisférica: más allá de la coyuntura", en *Cuadernos Americanos*, núm. 153, México, CIALC-UNAM, 2015.

ción cubana en ese país alcanzaba aproximadamente entre 50 y 60 mil personas, muchas de las cuales buscaban allí horizontes económicos, en el mercado de la fuerza trabajo. Los cálculos establecidos por la historiografía fijan a fines de ese siglo una cifra aproximada de 25 mil cubanos en Estados Unidos, radicados fundamentalmente en regiones del sur y del noreste norteamericano.²

Han transcurrido seis décadas desde que a partir del triunfo de la Revolución cubana en 1959 se despliega una significativa migración que tiene como principal destino a Estados Unidos y a la ciudad de Miami, en el estado de Florida, si bien un gran número de cubanos se iría radicando también en otros centros urbanos de ese país, así como en España y Venezuela. Como denominador común, esos primeros migrantes salieron de la Isla en un marco de confrontación ante los profundos cambios que se estaban produciendo, que incluían la expropiación de tierras, negocios, industrias y la nacionalización de la economía nacional.

Tras ese éxodo inicial, tuvo lugar un proceso, prácticamente constante, que acrecienta de manera vertiginosa la conformación de comunidades o asentamientos de cubanos en dichos países, que se extendían a otras ciudades norteamericanas, como las de Hialeah, en el estado mencionado, Union City y West New York, en el de New Jersey, y las de Madrid y Valencia, respectivamente en España y Venezuela. El resultado básico de ese drenaje migratorio, más allá de constituir un proceso demográfico, como movimiento internacional de personas, fue de carácter político. De cierta manera, se trataba de una migración forzosa, en la medida que las razones y motivaciones de los implicados suponían la búsqueda de refugio, al ser enjuiciados unos por la legalidad revolucionaria, resentidos otros por la pérdida de propiedades, junto a familias atemorizadas por la orientación política radical que se prefiguraba aun antes de que oficialmente se declarara el carácter socialista de la revolución en 1961.

Ese proceso —desarrollado a través de un flujo migratorio sistemático, que comprendió fases de mayor intensidad, cual oleadas que en circunstancias de crisis llevaron consigo desplazamientos masivos significativos—, fue estimulado desde muy temprano por la política de Estados Unidos, al identificarse a la migración como una pieza

² Véase Antonio Aja, *Al cruzar las fronteras*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2014.

funcional en el diseño y puesta en marcha de un proyecto subversivo enfilado contra la Revolución cubana. Es en tal contexto que se ubica el surgimiento del exilio cubano contemporáneo, es decir, el que se configura como consecuencia de las transformaciones políticas, que bajo el liderazgo de Fidel Castro se desatan en la Isla a partir del primero de enero de 1959.

Considerado en la literatura sociológica y politológica especializada como el “exilio histórico”, se trata de un fenómeno cuya articulación data desde ese mismo año y comienzos del decenio de 1960, con el establecimiento en las mencionadas ciudades de grupos de migrantes o de comunidades de cubanos, que en su mayoría procedían de la burguesía, la pequeña burguesía y otros sectores que fueron afectados por las nuevas leyes revolucionarias, junto a militares y, en general, personal vinculado a las estructuras políticas y castrenses del gobierno dictatorial que encabezaba el presidente Fulgencio Batista.

El naciente exilio, por tanto, no era homogéneo. Desde el punto de vista de su composición social y clasista se conformó por segmentos diversos de la sociedad cubana, predominando los nombrados, pero abarcando también una amplia gama de individuos y familias completas, provenientes tanto de capas medias como de trabajadores, empleados en muchos casos en la esfera de los servicios y en labores domésticas, en cuyos mundos subjetivos se mezclaban diversos motivos: inseguridad, temor, rechazo y cierto contagio psicológico o reacción imitativa, ya que no pocos se marchaban del país siguiendo el ejemplo de patrones, amistades y vecinos, sin convicciones políticas definidas. Los estereotipos y prejuicios existentes entonces sobre el comunismo y sus excesos estaban generalizados en el contexto social e ideológico de la sociedad cubana, como en muchas otras partes de América Latina, en las que las clases dominantes representadas por los gobiernos de turno, divulgaban e imponían a través de los aparatos ideológicos del Estado: instituciones educativas, culturales y formadoras de la opinión pública, como la televisión, la radio, unidas a productos del arte como el cine, las historietas gráficas y tiras cómicas.³ Quienes habían nutrido en la Isla las filas de las nacientes organizaciones opositoras contrarrevolucionarias, y terminado en prisión, neutralizados por los órganos de la seguridad estatal cubana, integra-

³ Véase Guillermo Grenier y Lisandro Pérez, *The Legacy of Exile: Cubans in the United States*, Boston, Allyn & Bacon, 2003 (New Immigrants Series).

rían, al ser liberados, el núcleo del éxodo migratorio y serían componentes centrales en la estructuración del citado “exilio histórico”, creando agrupaciones políticas y medios de comunicación que organizaban o incentivaban actividades dirigidas a derrocar la Revolución y el retorno al país, algunas de ellas con una definida connotación terrorista, fijando una notoria cultura de intolerancia, un clima de presión psicológica en las comunidades de migrantes cubanos, que creaba o imponía un consenso frente al cual no cabía la discrepancia.⁴

LA POLÍTICA DE ESTADOS UNIDOS HACIA LA MIGRACIÓN CUBANA Y EL MAPA POLÍTICO DEL EXILIO

Así, la política gubernamental de Estados Unidos estableció, prácticamente desde el triunfo mismo de la Revolución cubana, un esquema subversivo intervencionista que ha mantenido vigencia, adquiriendo relieves descollantes en determinadas etapas, como las de Eisenhower, Kennedy, Nixon, Reagan, W. Bush, Obama y Trump, tanto durante administraciones demócratas como republicanas, liberales o conservadoras, entre variantes que han aplicado en unos casos el “poder duro” (bloqueo, asfixia económica, aislamiento diplomático internacional, actos terroristas, negación de visas), en otros el “blando” (influencia ideológica, robo de cerebros, intercambios académicos, culturales, deportivos, religiosos, relaciones pueblo a pueblo, otorgamiento de visas), apreciándose con frecuencia la combinación de ambos métodos.

En ese esquema se identificó con precocidad la utilización de la migración como un instrumento subversivo, al incitar, por un lado, la salida ilegal de la Isla mediante la creación del Programa de Refugiados y la Ley de Ajuste Cubano, a comienzos de los años de la década de los sesenta, como vía de desestabilización del proceso revolucionario, y al propiciar, por otro, el uso de las organizaciones del exilio para la realización de acciones de infiltración dentro del territorio cubano con el propósito de estructurar la contrarrevolución interna, llevando a cabo actos de sabotaje y atentados a los líderes revolucionarios. En ese contexto, el accionar del exilio histórico se vio benefi-

⁴ Véase Jesús Arboleya Cervera, *Cuba y los cubanoamericanos. El fenómeno migratorio cubano*, La Habana, Casa de las Américas, 2013.

ciado con la imagen de no pocos exponentes relevantes de la intelectualidad cubana, que pusieron sus nombres al servicio del sistema ideológico de propaganda que denigraba a la Revolución y condenaba, por cobardía o traición patriótica, a sus homólogos —escritores y artistas— que decidieron quedarse en la Isla. Esta tendencia no fue monolítica ni en todos los casos implicó una manipulación maniquea del gobierno estadounidense, pero contribuyó a cohesionar la ideología predominante en dicho exilio y a fomentar la intransigencia en las comunidades de cubanos emigrados.⁵ Figuras como las de Guillermo Cabrera Infante y Jesús Díaz, en diferentes tiempos, aportaron a esa historia.

A través del tiempo, tales organizaciones ganaron en membresía, visibilidad y papel político en la vida local en los mayores asentamientos de migrantes, como Miami, Hialeah, Union City, Valencia, Madrid, conformando una red contrarrevolucionaria subordinada a, o insertada en, la política exterior norteamericana.⁶ En ello sobresalían Alpha 66, Omega 7, el Movimiento 30 de Noviembre, los Comandos L, la Junta Patriótica Cubana, el Partido Socialdemócrata Cubano, la Coordinadora de Organizaciones Revolucionarias en el Exilio (CORU), Recuperación Cubana en el Exilio (RECE), la Plataforma Democrática Cubana, Los Municipios de Cuba en el Exilio, Hermanos al Rescate y la Fundación Nacional Cubano-Americana (FNCA), entre las principales, con personajes destacados como Eloy Gutiérrez Menoyo, Andrés Nazario, Hubert Matos, Jorge Mas Canosa, Jorge Mas Santos, algunos de los cuales, como Mario y Lincoln Díaz Balart, Ileana Ross-Lethinen, Robert (Bob) Menéndez, Marcos Rubio, Ted Cruz, quienes en fechas relativamente recientes y muy recientes, se ubican en estructuras legislativas y sobresalen en ámbitos políticos estatales y nacionales, así como en círculos empresariales y financieros, con capacidad, además, de influencia económica. Como regla, mantuvieron la intención de incidir en la toma de decisiones con respecto a Cuba en las instancias del gobierno de Estados Unidos, y con frecuencia, la literatura

⁵ Véase Guillermo Grenier, “The Creation and Maintenance of the Cuban American ‘Exile Ideology’: Evidence from the FIU Cuba Poll 2004”, en *Journal of American Ethnic History*, vol. 25, núms. 2/3, Illinois, 2006. También María de los Angeles Torres, *In the Land of Mirrors, Cuban Exile Politics in United States*, University of Michigan Press/Ann Arbor, 2012.

⁶ Véase Ernesto Rodríguez Chávez, “Determinantes de la emigración cubana actual y su impacto en la redefinición del fenómeno”, en *Cademo CRH*, núm. 32, Salvador de Bahía, enero-junio de 2000.

académica y la prensa especializadas han sobrestimado ese alcance, afirmando incluso, con cierta asiduidad, que la política estadounidense hacia la Revolución no se fabricaba en Washington, sino en Miami. La historia ha demostrado, sin embargo, en más de una ocasión, que ante circunstancias críticas en las relaciones bilaterales entre Estados Unidos y Cuba, en las que la FNCA y otras organizaciones presionaron de manera descollante e histórica —procurando que se interrumpieran acuerdos entre los dos gobiernos encaminados a solucionar problemas de la mayor importancia (la pacificación en el Cono Sur africano en 1988, que implicaba el cese del apoyo militar norteamericano a Sudáfrica, el retiro de las tropas cubanas de Angola y la independencia de Namibia, y la firma del Acuerdo Migratorio para resolver la crisis migratoria de los balseros, en 1994)—, lo que prevaleció fue la razón de Estado. Con ello lo que se quiere subrayar es que la política de Estados Unidos hacia Cuba ha dependido mucho más de la *raison d'Etat* norteamericana, es decir, de los intereses permanentes de las élites de poder, que de los objetivos de una u otra administración de turno (demócrata o republicana, en términos partidistas, liberal o conservadora, en términos ideológicos), o de los propósitos de los grupos de presión del exilio cubano, al estilo de la FNCA. Cuba es considerada, por consiguiente, en el expediente de ayer y de hoy del sistema político de Estados Unidos, como un asunto que concierne tanto a su política interna, con una connotación simbólica, como a la orientación pragmática de su proyección exterior.

En los ejemplos aludidos se concretaron procesos de diálogo y concertación jurídica, a contrapelo de las presiones del exilio, cuyas argumentaciones acusaban al gobierno de Estados Unidos de traición al exilio, al negociar con un ilegítimo cadáver político a las autoridades estatales cubanas.

Como complemento del mapa político del exilio, de manera paralela al desarrollo de las organizaciones representativas de la ideología contrarrevolucionaria dominante, y con mucha menor fuerza y presencia, nacen también de modo paulatino otras, portadoras de voces alternativas desafiantes, como la Brigada Antonio Maceo, la Alianza de Trabajadores Cubanos y la Alianza Martiana, donde se hicieron conocidas figuras como la de Carlos Muñiz Varela, asesinado por grupos terroristas, Francisco Aruca y Andrés Gómez, manteniéndose este último muy activo, en constantes viajes entre Miami y La Habana.

La FNCA ha sido quizá, en ese contexto, la organización más conocida, que logró introducirse en el sistema político norteamericano, en los medios de Washington, como *lobby* o grupo de presión, con el apoyo de la administración republicana de Ronald Reagan, en la década de 1980, que mantuvo su protagonismo más allá de la muerte de Mas Canosa, dados los vínculos de amistad personal de su hijo, Jorge Mas Santos, con los hijos de quien fuese el vicepresidente de Reagan durante 8 años, y luego presidente por un único mandato, el también republicano George H. Bush.⁷

En los años de 1990, ocupando la presidencia el demócrata William Clinton, las presiones del exilio cubano condicionaron notablemente la política de Estados Unidos hacia Cuba, al aprobarse la Ley Torricelli en 1992 y la Ley Helms-Burton en 1996, que reforzaron las regulaciones y restricciones establecidas por el bloqueo desde su nacimiento, al imprimirle un carácter extraterritorial, que agregan una verdadera persecución financiera transnacional a los intentos de Cuba por ampliar sus espacios y relaciones comerciales en Europa y otras latitudes. Esa política se mantendría hasta finales del último decenio del siglo XX y se profundizaría durante la primera década del XXI, bajo el doble gobierno republicano de George W. Bush, que refuerza la hostilidad general hacia la Isla.

La FNCA renace en este periodo con nuevos bríos, dado que el gobernador del estado de Florida, Jeb Bush, era hermano de dicho presidente, y que ambos, con la misma afiliación partidista que su padre, priorizan el papel de la comunidad cubana, radicada fundamentalmente en Miami, desde donde irradian a través de sus organizaciones y del control sobre los medios de comunicación, un patrón de intolerancia y violencia que impone un clima psicológico de temor ante cualquier postura de acercamiento con el gobierno revolucionario, que se extiende por todo el estado. Sin embargo, de modo gradual, se irá manifestando un proceso de declinación institucional en la pujanza del exilio tradicional, a partir de la confluencia de diversos factores, que se hará más intenso durante la década de 2000.

⁷ Véase Lisandro Pérez, "Cuban Americans and U.S. Cuba Policy", en Josh DeWind y Renata Segura [eds.], *Diaspora Lobbies and the U.S. Government: Convergence and Divergence in Making Foreign Policy*, Nueva York, University Press and the Social Science Research Council, 2014.

Casi concluyendo ésta, con el establecimiento de la administración demócrata de Barack Obama, resultante de las elecciones de 2008, aunque el exilio cubano consiga alguna influencia sobre el nuevo gobierno, en la medida en que transcurre el primer mandato, y en especial, a mediados del segundo, su papel decrece, al punto que no puede impedir el comienzo de la etapa de mejoramiento en las relaciones bilaterales y el restablecimiento de los nexos diplomáticos, simbolizado en los discursos simultáneos que al mediodía del 17 de diciembre de 2014 pronuncian Obama y Raúl Castro.⁸ Así, se advierte una suerte de ocaso en las actividades de la mayor parte de las organizaciones mencionadas, cuya repercusión pública, capacidad de influencia gubernamental y de movilización popular entre los emigrados, experimenta una notable contracción. Esta pauta, empero, se verá revertida a partir del triunfo en 2016 del candidato republicano a la presidencia, Donald Trump, quien desmontará a lo largo de su único periodo de gobierno los avances alcanzados en la relación de Estados Unidos con Cuba, que incluía un renacimiento de todo tipo de contactos.

LAS TENDENCIAS ACTUALES: EL EXILIO CUBANO EN TRANSICIÓN

Durante los cuatro años del mandato de Trump fue notorio el papel de varias figuras de origen cubano, sumamente activas dentro del exilio, que fundamentalmente desde las filas del Partido Republicano y las instancias parlamentarias desempeñan una influencia decisiva en el renovado enfoque de la hostil política hacia Cuba y, en general, en la orientación de extrema derecha que distingue a la política de Estados Unidos hacia los procesos y gobiernos progresistas, emancipadores y antiimperialistas en América Latina en la segunda mitad de la década de 2010. Algunas de ellas habían aspirado por el mencionado partido, incluso, a la nominación presidencial, como Marcos Rubio y Ted Cruz. A partir de ahí, se ha tratado con atención el tema en no pocos medios intelectuales y periodísticos, considerándose que el exilio cubano ha adquirido una energía política renovada.

⁸ Ese proceso se examina en los trabajos referidos de Ricardo Domínguez Guadarrama y Jorge Hernández Martínez.

En rigor, esta última apreciación sobredimensiona la envergadura cualitativa de dicho exilio, basada en una percepción errónea, que magnifica el papel de determinados individuos (Rubio, Cruz, Mauricio Claver-Carone, los hermanos Lincoln y Mario Díaz-Balart), que, si bien contaron con respaldo partidista y gubernamental y aprovecharon de modo oportunista determinados espacios, ocupando posiciones institucionales, ello no debe considerarse como representativo de un exilio como fenómeno sociológico, ya que su sujeto político se halla notablemente envejecido desde el punto de vista demográfico y generacional, con reducidas bases de sustentación social, con un discurso autoritario e intolerante que era típico del “exilio histórico” de 60 años atrás, pero que ha perdido resonancia y capacidad de movilidad en el nivel popular. Su proyección retórica, podría decirse, se ha quedado como congelada, saturada de definiciones estáticas, anacrónicas, acompañadas de rigidez, dogmatismo e intransigencia, con un pobre activismo político efectivo. Lo que estuvo sucediendo, aunque circunstancialmente la política de Trump revitalizó a la comunidad cubana, especialmente a sus sectores de extrema derecha, era una consolidación del proceso que venía caracterizando en los últimos decenios el cambio histórico en ese exilio inicial.

En resumen, desde los años de 1990 y hasta finales del decenio de 2010, se ha ido modificando su naturaleza, transfigurándose de manera gradual aquel exilio en una comunidad de inmigrantes, primero, y en un grupo étnico, después.⁹ Así, se visualizan señales de nuevas tendencias. El exilio cubano se halla hoy en plena transición.

La vida política de la emigración cubana —durante la última década del siglo XX y las dos que han transcurrido en el actual, tanto en Estados Unidos como en España y Venezuela, como principales sociedades anfitrionas, pero a las que se han ido sumando otras, como la mexicana, entre muchas otras, con menores concentraciones de migrantes—, se caracteriza, en sentido general, por un gran dinamismo, por frustraciones, búsquedas, aperturas y cierres, posiciones de moderación política, intereses en la relación con la Isla, por encima de su gobierno, en mantener las visitas, junto a posturas de intolerancia y

⁹ Véase Max J. Castro, “¿Habrà transición en la ideología del exilio?”, en *Temas*, núms. 12 y 13, La Habana, Ministerio de Cultura, marzo de 1998. Y Jorge Hernández Martínez, “Antinomias en la cultura política de la emigración cubana en Estados Unidos”, en *Temas*, núm. 10, La Habana, Ministerio de Cultura, 1997.

dogmatismo, ancladas en la tradición ideológica inicial del exilio histórico. Ello tiene lugar, desde luego, en estrecha relación con lo que ocurre en Cuba, en la medida que las diferentes percepciones que coexisten en la migración se construyen a partir de los procesos internos en la Isla. En este sentido, se aprecian distintas tendencias en el arco ideológico del llamado Miami cubano, asumiéndolo como epicentro de la migración cubana en su conjunto —aunque no sea representativo, vale la pena reiterar, de los procesos de cambio que tienen lugar en ese universo—, sobre la base de la gravitación ideológica de los sectores de poder que allí aún predominan, cuyo control de los medios de comunicación impone su visión e intereses, a contrapelo de aspiraciones de crecientes segmentos de la población cubana, que desde el extranjero se interesan en normalizar sus relaciones con su país de origen, a partir de intereses tanto familiares como económicos y políticos.

Los procesos son contradictorios. Por un lado, la sobrevivencia de la Revolución, en medio de enormes dificultades, ha fortalecido la convicción de los segmentos minoritarios del exilio histórico, acerca de que es necesario utilizar el estrangulamiento económico y la vía violenta como solución definitiva, en contubernio con un gobierno norteamericano como lo fueron ayer, en sus momentos, el de Reagan y W. Bush, como lo ha sido hasta fecha muy reciente, el de Trump.

Por otro, la ya vieja experiencia de Europa del Este ha seguido alimentando las esperanzas de que con recetas similares se lograría la llamada “transición” pacífica al capitalismo en Cuba. Esto ha sostenido a aquellos proyectos que tratan de presionar internacionalmente a la Revolución a través de gobiernos y partidos políticos en Europa y América Latina, al tiempo que estimulan la oposición supuestamente “civilizada, no violenta”, dentro de Cuba, que, por cierto, ha ido perdiendo dinamismo, legitimidad, credibilidad y membresía, sin capacidad real alguna de impulsar cambios políticos en el país.

Ante la dinámica interna en la Isla, que incluye en medio de muchos e importantes apuros cierta reanimación económica relativa, reformas del trabajo por cuenta propia, una significativa reinserción internacional, la flexibilización de la política migratoria y hacia la emigración, y una definida capacidad de resistencia ante el hegemonismo estadounidense, se crean condiciones que favorecen la expectativa y las tendencias y organizaciones del mundo emigrado.

Ellas se distancian de las alternativas dogmáticas e intransigentes del exilio histórico, y promueven opciones desde la moderación y el respeto a las diferencias, comprometidas con la soberanía nacional. Exponentes de estas tendencias han incrementado y mantenido sus vínculos con Cuba durante los últimos años, cuestionando la política de Trump, que ha limitado o impedido visitas y remesas, bajo la presión de exponentes del exilio cubano que le estimulan y acompañan, lo cual ha conducido a numerosas acciones legales de reforzamiento del bloqueo y la línea dura contra la Isla, hasta incluirla de nuevo en la lista oficial del gobierno estadounidense de país que promueve el terrorismo.

A pesar de todo, las visitas a Cuba por parte de los emigrados se mantuvieron durante los primeros años del gobierno de Trump. Otro tanto sucedería con el envío de remesas a los familiares en la Isla, que sortearon obstáculos, con gran capacidad imaginativa y burlaron la legalidad norteamericana, asumiendo, claro está, riesgos legales. Esa dinámica se vería interrumpida con las medidas que introduce Trump a partir de 2017 y durante los años que siguen, que cancelan esas interrelaciones. Aun así, quizá convenga precisar que, sobre la base de la cosecha precedente, a partir de las aperturas logradas con los gobiernos de Clinton y Obama, ha quedado un saldo que favorece la presencia cubana en el exilio. En este contexto, se aprecia que, en Miami, como en otras áreas donde se concentran comunidades relevantes de emigrados cubanos, pueden comprarse desde hace más de dos decenios los CDs con la música de los más destacados músicos cubanos, no pocos de los cuales viajaban a esa y a otras ciudades estadounidenses con reiteración, y DVDs con las películas más recientes, facturadas en Cuba. Escritores, artistas y académicos emigrados o exiliados participaban habitualmente en eventos culturales o científicos en la Isla, interrumpiéndose esa tendencia durante los periodos de mayor hostilidad, con W. Bush y Trump.

Los procesos que han vivido y viven la migración y el exilio cubano son complejos y contradictorios. Estas características se incrementan con la diversidad creciente que define al proceso migratorio en la actualidad, a partir de las constantes llegadas a Estados Unidos y otros países de personas de la Isla, muchas de ellas nacidas después de 1959, quienes se han socializado y educado bajo la influencia de la Revolución, y a pesar de lo que probablemente quisieran, no pueden escapar totalmente a ese condicionamiento objetivo.

A ello se suma la presencia que van adquiriendo en la vida social, cultural y económica de lo que ya no sería un “exilio histórico”, los jóvenes de segunda o tercera generación (hijos o nietos de los emigrados de los años de 1960, 1970 y 1980), que ya se han hecho adultos o al menos adolescentes, quienes no conocieron directamente la sociedad cubana, no la han visitado, sino que tienen una imagen legendaria de la Isla, a partir de las historias, recuerdos y vivencias de sus familiares. Estos jóvenes, por tanto, como en parte es el caso de los balseros y de los que llegan a Estados Unidos mediante el sorteo, no se proyectan, en lo fundamental, con la obsesión ni el resentimiento hacia la Revolución de sus padres o abuelos. Y en el caso de aquellos que han dejado en Cuba, en fechas relativamente recientes, a familiares, les resulta imperioso mantener el contacto con su país de procedencia.¹⁰

PERSPECTIVAS

Sobre las bases expuestas, la situación más reciente de la migración cubana apunta hacia una nueva etapa, que continúa definida por contradicciones, en la que coexiste aún una cultura de intolerancia y un activismo político minoritario en sentido cuantitativo, pero con rasgos cualitativos de peso, junto a voces alternativas y rechazos al exilio histórico, cuya expresión en términos sociológicos es decreciente, y se aleja cada vez más de lo que fue. Sus transformaciones tienen como telón de fondo los procesos de cambios que se han venido analizando.¹¹ Las perspectivas se orientan hacia la profundización de las tendencias señaladas, es decir, hacia la continuidad de los cambios sociodemográficos, político-ideológicos e incluso, culturales, del exilio cubano, cuyas características generacionales implican la desaparición física de sus líderes históricos, una renovación de su estructura etaria, con predominio de jóvenes, con menor capacidad de comunicación en idioma español, en el caso de la descendencia de los primeros exiliados, sin conocimiento directo de la Isla, pero a la vez, junto a crecientes figuras que han emigrado de Cuba en fechas re-

¹⁰ Véase Antonio Aja Díaz y María Ofelia Rodríguez Soriano, “La migración internacional de cubanos. Escenarios actuales”, en *Novedades en Población*, núm. 26, La Habana, CEDEM, julio-diciembre de 2017.

¹¹ Véase Silvia Pedraza-Bailey, “Cuba’s Exiles: Portrait of a Refugee Migration”, en *The International Migration Review*, vol. 19, núm. 1, Nueva York, 2015.

cientes, marcados por la dinámica social establecida, en medio de muchas contradicciones, por la Revolución, que mantienen el contacto cotidiano con el mundo de familiares, amigos y vecinos que dejaron atrás.

De ahí que pueda afirmarse que, al examinar el momento político actual del exilio cubano, y al pensar en su evolución, habría que valorar una serie de factores que gravitarán sobre el futuro, que apuntan en su interrelación hacia dimensiones específicas que harán aún más compleja la cultura política de la migración en su conjunto y del exilio en particular, planteando interrogantes e hipótesis a su indagación y debate. Al concluir el decenio de 2010, se abre un periodo signado por la incertidumbre y las expectativas, al establecerse un nuevo gobierno como resultado de la victoria demócrata en las elecciones presidenciales de 2020. Trump ha hecho lo posible por dejar a la administración de Joe Biden un camino lleno de obstáculos ante sus presumibles esfuerzos por recomponer una nación en la que se combinan la crisis económica con la sanitaria y epidemiológica, junto a una secuela de conflictividad social, donde no ha estado ausente la violencia ciudadana y la represión policial, en un contexto inédito, en el que un presidente saliente se resiste a abandonar el cargo y acusa de fraude en los comicios, con lo cual pone en crisis la legitimidad del sistema.

Entre los factores aludidos, condicionantes de los nuevos derroteros de la migración y el exilio cubano, no pueden omitirse los procesos siguientes: a) el demográfico, de cambios generacionales: el envejecimiento de la primera generación, que ha sido base social del exilio histórico y de algunos segmentos de la izquierda, junto al auge natural de la segunda generación; b) el de inserción, de integración social y cultural a la sociedad norteamericana receptora, principalmente en Estados Unidos, o sea, la definitiva evolución del exilio hacia la comunidad inmigrante y hacia el grupo étnico; c) el de transición específico que tenga lugar en el enclave de Miami, por su significado central para la comunidad cubana y el exilio histórico, que allí se forjó; d) el de recepción de nuevos migrantes cubanos, con motivaciones y aspiraciones diferentes, así como con orientaciones ideológicas y compromisos políticos distintos; e) el de cambio político, económico y social que tenga lugar en Cuba (visible en los ajustes introducidos por una nueva Constitución, la reforma monetaria y

cambiaría, entre otras acciones, en un momento muy cercano al Congreso del Partido Comunista, que será un evento decisivo, junto a la percepción sobre los mismos en el exterior y, sobre todo, por parte del gobierno estadounidense.¹²

Entretanto, la política de Estados Unidos hacia la Isla exhibe, al concluir Trump su gobierno, un arreciamiento de su agresividad, enrareciendo el clima bilateral, del cual la migración ha sido, durante mucho tiempo, rehén inevitable. Ello se conjuga con el comienzo de la nueva administración Biden, la cual probablemente intentará mejorar la relación bilateral entre los dos países, pero en una coyuntura distinta a la que rodeó la normalización que quiso impulsar Obama.

En Estados Unidos radica la mayor parte de los cubanos que residen en el exterior, alcanzando una cifra cercana a los 2 millones. Más allá de las raíces que se encuentran en la base de la historia del proceso migratorio cubano posterior al triunfo de la Revolución, y del legado que llega al presente a través de más de sesenta años en los que la intolerancia satura las proyecciones hacia la Isla, los cambios operados y los que se encuentran en curso propician un contexto objetivo y subjetivo que condiciona, o quizá, determina, la transición sociodemográfica, política y cultural de lo que ha sido el exilio histórico cubano, en el marco de la tercera década del siglo en curso.¹³

Como proceso que forma parte, en su sentido más amplio, de las migraciones latinoamericanas, cuyas tendencias históricas han seguido el trayecto Sur-Norte, conformando un patrón en el que las motivaciones económicas han tenido un sitio central, al que le acompañan el envío de remesas a los países de origen y conformando una migración de retorno, con circularidad, el cubano ha ido acercándose cada vez a ese patrón.¹⁴ En la medida que pasan a un segundo orden las razones políticas y el carácter definitivo de la salida de la Isla, la migración cubana incluye también el regreso y el sentido de brindar “ayuda” a las familias que quedan en Cuba.

¹² Véase Susan Eckstein, “La transformación de la diáspora y la transformación de Cuba”, en *Woodrow Wilson Center Report On the Americas. Cambios en la sociedad cubana de los 90*, núm. 16, Washington, Woodrow Wilson Center.

¹³ Véase Jorge Duany, “Cuban Migration: A Post-revolution Exodus Ebbs and Flows”, en *Migration Information Source*, Washington, Migration Policy Institute, julio de 2017. En <https://www.migrationpolicy.org/article/cuban-migration-postrevolution-exodus-ebbs-and-flows>.

¹⁴ Véase Adalberto Santana [coord.], *Proyección global de la migración latinoamericana*, México, CIALC-UNAM, 2008.

La perspectiva futura de la migración cubana, empero, estará condicionada por los efectos que, del corto al mediano plazo pueda introducir la nueva administración democrata y por el derrotero de la situación cubana bajo las nuevas estructuras de gobierno, considerando que, como ya se señaló, en 2021 tendrá lugar el Congreso del PCC, el presidente actual de la República, Díaz Canel, asumirá además el liderazgo partidista, al terminar sus responsabilidades Raúl Castro y producirse un simbólico relevo generacional, a partir de lo cual se comprobará el éxito o fracaso del sistema político vigente y del modelo económico en marcha.